

El plan Brady

Al finalizar 1988, la deuda externa del tercer mundo ascendía a 1,320 miles de millones de dólares, aproximadamente el 50 por ciento del PNB total de dichos países. Respecto al total de la deuda externa de 1987, ha habido un incremento de un 3 por ciento, porcentaje que, sin embargo, oculta otras consideraciones: la deuda ha aumentado en 1988, a pesar de la menor cotización internacional del dólar respecto al año anterior. El aumento de los pagos de intereses, que fue de unos 5 mil millones de dólares, elevó a 43 mil millones las transferencias netas de recursos de los países pobres hacia los países ricos: un 13 por ciento más que el año anterior. Parte de este aumento en los intereses devengados es el resultado de la tendencia hacia el aumento de los tipos de intereses bancarios observados en los países industrializados, por la aplicación de políticas monetarias más rígidas ante el aumento de la inflación. El control de la inflación en los países ricos significa, por tanto, un agravamiento de la carga de la deuda del tercer mundo.

Si bien es cierto que el otorgamiento de nuevos créditos por parte del capital privado no ha cesado de disminuir desde 1985, los pagos en concepto de deuda externa tampoco han cesado de aumentar; si en 1988 se prestaron 88,000 millones de dólares a los países del tercer mundo, estos devolvieron 115,000 millones.

En este contexto se enmarca el fracaso del denominado "plan Baker" de 1985, el cual pre-

tendía disminuir el peso de la deuda para permitir un mayor crecimiento de las economías del tercer mundo. Pero este plan no contó con el apoyo de la banca transnacional privada, renuente a cumplir con su parte del plan, consistente en aumentar el volumen de nuevos créditos hacia los países deudores.

El nuevo secretario del Tesoro norteamericano, Nicholas F. Brady, presentó, el 10 de marzo pasado (pocos días después de los disturbios en protesta por las reformas económicas de Venezuela, que dejaron un saldo de 246 muertos y 1,800 heridos), un nuevo plan de acción para enfrentar la deuda del tercer mundo. En esencia, el objetivo del plan Brady es similar al del plan Baker: reducir en la actualidad la carga de la deuda para permitir un cierto crecimiento de las economías más endeudadas, a fin de generar los recursos hoy inexistentes, que permitan a mediano plazo hacer frente, en mejores condiciones, al pago de la deuda. La principal novedad del plan consiste en comprometer a la banca privada con un papel más activo en el "rescate" de los países más endeudados.

Tres son los elementos claves de la propuesta. En primer lugar, que los bancos privados acreedores reduzcan "voluntariamente" al menos un 20 por ciento de la deuda total privada de los 39 países más endeudados. Segundo, que tanto el FMI como el Banco Mundial destinen, durante los próximos tres años, hasta un 25 por ciento de sus

recursos de préstamo (unos 12 mil millones de dólares por cada institución) para reducir el endeudamiento del tercer mundo. Para ello, financiarían unos bonos con los cuales los países endeudados podrían comprar parte de su deuda en el mercado secundario, donde ésta se cotiza a niveles muy por debajo de su valor nominal. En tercer lugar, ambas instituciones emitirían "garantías" de pago de los intereses de la deuda reestructurada por parte de las naciones endeudadas. Estas tres propuestas se complementarían con otras entre las cuales cabe señalar la reducción de los tipos de interés y el establecimiento de topes de interés, moratoria por tres años para los países más endeudados acogidos al plan y disminución de las restricciones impuestas a la concesión de nuevos créditos por parte de la banca privada, sobre todo eliminando las "cláusulas de abstención," según las cuales no habrá trato preferencial para los nuevos acreedores en las transacciones de negociación de las condiciones de los nuevos préstamos, y las "cláusulas de distribución" que permiten a los bancos bloquear nuevos acuerdos o el desembolso de los fondos.

Este plan norteamericano fue aprobado por el comité interino del FMI el 4 de abril, excepto el punto relacionado con la garantía de los intereses de la deuda. En esta reunión, el comité se negó a discutir una propuesta de América Latina para intentar reducir la deuda externa de algunos países de la región en un 50 por ciento. El "grupo de los siete" (Estados Unidos, Canadá, Japón, Alemania occidental, Francia, Gran Bretaña e Italia) había aprobado previamente el plan Brady, especificando que iba dirigido a "países donde el FMI y el Banco Mundial certifiquen la adopción de reformas económicas fundamentales y convincentes." El gobierno de Estados Unidos pretende que el plan se aplique antes de la cumbre económica del grupo de los siete, la cual se celebrará en París el 14 de julio. El plan será aplicado primero en algunos países a título experimental. Entre los primeros candidatos se encuentran México y Venezuela, seguidos por Filipinas, Costa Rica y quizás Brasil.

Es sintomático que la repercusión de dicho plan en los medios de comunicación haya sido muy inferior a la del plan Baker. En Argentina, las propuestas del plan Brady fueron calificadas como "provisionales." En Perú, se considera que el plan está dirigido a los países que "pasen por el aro" del FMI, pues insiste en tratar caso por caso el problema de la deuda. En Colombia se lo calificó de "insuficiente." En Venezuela, el presidente Carlos Andrés Pérez sostuvo que "el plan presupone que los países latinoamericanos pueden esperar años por la solución del problema de la deuda, pero ninguno de nuestros países puede esperar." Mailson Nobriega, ministro de finanzas de Brasil, comentó, "finalmente Estados Unidos comprendió que las finanzas de los países endeudados están agotadas."

Tal como ocurrió con el plan Baker, la principal dificultad está en la banca transnacional. En su informe al Consejo Económico y Social (EcoSoc) de las Naciones Unidas, celebrado entre el 5 y el 14 de abril, el Secretario General de las Naciones Unidas, Javier Pérez de Cuéllar, reconoció que el principal causante de la crisis de la deuda externa fue la política de préstamos de los bancos transnacionales entre 1974 y 1982, y abogó por una reducción real del valor de las obligaciones en concepto de servicio de la deuda y por una limitación de los pagos como porcentaje de las exportaciones.

Sin tomar en cuenta el hecho de que *la deuda ya está pagada*, al menos desde 1987, cuando los pagos acumulados por su servicio desde 1976 superaban el valor de los créditos obtenidos hasta el momento. Desde entonces, los nuevos créditos se han destinado íntegramente al servicio de la deuda anterior, la cual es progresivamente más onerosa por el aumento espectacular de los tipos de interés. Los países industrializados, en especial Estados Unidos, confrontados a la posibilidad de una crisis financiera por causa de la malversación de fondos de sus bancos privados, prefirieron hacer pagar a los pueblos de los países receptores, imponiéndoles, a través del FMI y del Banco Mundial, unas políticas "de ajuste" que permi-



tieron mantener, al menos parcialmente, el servicio de la deuda, a costa de un grave deterioro de la economía y de las condiciones de vida en los países deudores.

Lo más significativo del plan quizás sea que por primera vez se contempla en una propuesta del gobierno norteamericano la condonación de parte de la deuda. Pero esto significa que si se quiere evitar la crisis financiera se deberán hacer modificaciones en las políticas contables y fiscales de los países desarrollados, permitiendo, por ejemplo, que la deuda eliminada no se contabilice a la hora de fijar las reservas obligatorias, otorgando beneficios fiscales a los bancos acreedores para facilitarles el ajuste de sus cuentas ante los créditos contabilizados como pérdidas, sin que eso signifique llevar al banco a una situación de quiebra, el apoyo del banco central a la operación de cancelación de deuda, etc.

En esencia, estos ajustes llevarían a hacer re-

caer sobre los ciudadanos de los países ricos parte de la responsabilidad del problema de la deuda que se pretende hacer asumir a la banca transnacional. Se trata de evitar por todos los medios una caída de la rentabilidad global de la banca internacional acreedora, aun a costa de hacer pagar a los ciudadanos de los países ricos por unas operaciones de las cuales ellos no son responsables. Aún así, resulta difícil creer que los bancos vayan a inyectar nueva liquidez en unos clientes que les constan como fallidos en sus cuentas, y en el plan Brady por ningún lado aparecen propuestas que puedan obligar a la banca privada a reaccionar contra sus propios intereses de rentabilidad más inmediatos, sobre todo cuando el propio director gerente del FMI, Michel Camdessus, dice que "no me parece conveniente obligar a los acreedores privados a que reduzcan el valor de lo que se les debe, o pretender que los acreedores públicos (léase gobiernos y FMI y Banco Mundial) otorguen garantías globales" (asamblea anual del

Banco Interamericano de Desarrollo, 20 de marzo). Las reservas con que se ha acogido la propuesta de Brady de otorgar garantías de pago de la deuda reestructurada, será posiblemente el talón de Aquiles de su plan.

Pese a todo, en el plan Brady, se puede ver la primera manifestación de reconocimiento por parte del gobierno de Estados Unidos de la nueva perspectiva presente ya en 1980 en el llamado "Informe Brandt:" si en la década de 1960 el tercer mundo se veía como un *problema* para la *caridad* de los países desarrollados, si en la década de 1970 el tercer mundo desapareció del interés de los países desarrollados, demasiado preocupados por su propia crisis, y en todo caso se consideró como un *mercado* en el cual colocar los recursos financieros que no cabían en los países industrializados, en la década de 1980 la pobreza extrema del sur se comienza a percibir cada vez con mayor fuerza como una *amenaza* para el orden capitalista mundial. Desde hace años, el tercer mundo y las voces más críticas de los países ricos han estado proclamando con fuerza que la deuda es impagable. Sin embargo, hasta ahora, el endeudamiento ha sido aprovechado por parte del capital transnacional para apoderarse de las industrias más productivas de los países subdesarrollados mediante los llamados acuerdos de *swaps* o canje de deuda por acciones de las empresas de los países deudores. Pero el mecanismo de subordinación de

las economías de la periferia por medio del encadenamiento de la deuda externa ya no da más de sí. Recientemente, el presidente Bush se ha visto obligado a proclamar que, en lo relativo a la deuda exterior latinoamericana, "los intereses de Estados Unidos superan a los de Wall Street." Porque junto a la amenaza de explosión social que se intuye en los países más endeudados ante el deterioro de los niveles de vida que están suponiendo las "políticas de ajuste" orientadas a mantener el servicio de la deuda, Estados Unidos tiene que enfrentar la amenaza de las otras potencias capitalistas (la Comunidad Económica Europea y Japón), las cuales le disputan el territorio latinoamericano como zona de influencia. Así se comprende que la solicitud de aumento de los fondos operativos solicitada por el FMI y la oferta japonesa de aumentar su contribución al financiamiento de los países más endeudados haya tropezado hasta ahora con la resistencia del gobierno de Estados Unidos a perder cotas de poder en los organismos financieros internacionales. Como señalaba a finales de marzo el presidente del *Midland Bank*, el principal banco británico acreedor de los países latinoamericanos: "Estados Unidos cruzó finalmente ese puente y reconoció que el poder debe estar donde esté el dinero."

J. A. P.